

oidos humanos. Atiende, atiende, ay! atiende. Si tuviste amor á tu tierno padre...

HAMLET.

¡Oh Dios!

LA SOMBRA.

Venga su muerte: venga un homicidio cruel y atroz.

HAMLET.

Homicidio?

LA SOMBRA.

Sí, homicidio cruel, como todos lo son; pero el mas cruel y el mas injusto y el mas aleve.

HAMLET.

Refiéremelo (26) presto, para que con alas veloces como la fantasía, ó con la prontitud de los pensamientos amorosos, me precipite á la venganza.

LA SOMBRA.

Ya veo cuan dispuesto te hallas, y aunque tan insensible fueras como las malezas que se pudren incultas en las orillas del Leteo, no dejaría de conmoverte lo que voy á decir. Escúchame ahora, Hamlet. Esparcióse la voz de que estando en mi jardín dormido, me mordió una serpiente. Todos los oídos de Dinamarca fueron groseramente engañados con esta fabulosa invención; pero tú debes saber, mancebo generoso, que la serpiente que mordió á tu padre, hoy ciñe su corona.

HAMLET.

Oh! Présago me lo decia el corazón. ¡Mi tío!...

LA SOMBRA.

Sí, aquel incestuoso, aquel monstruo adúltero, valiéndose de su talento diabólico, valiéndose de traidoras dádivas... (¡Oh talento y dádivas malditas, que tal poder teneis para seducir!) supo inclinar á su deshonesto apetito la voluntad de la Rei-

na mi esposa, que yo creía tan llena de virtud. ¡Oh Hamlet, cuan grande fue su caída! Yo, cuyo amor para con ella fue tan puro... yo, siempre tan fiel á los solemnes juramentos que en nuestro desposorio la hice, yo fui aborrecido, y se rindió á aquel miserable, cuyas prendas eran en verdad harto inferiores á las mías. Pero así como la virtud será incorruptible aunque la disolución procure escitarla bajo divina forma, así la incontinen- cia aunque viviese unida á un ángel radiante, profanará con oprobio su tálamo celeste... Pero ya me parece que percibo el ambiente de la mañana. Debo ser breve. Dormía yo una tarde en mi jardín, según lo acostumbra siempre. Tu tío me sorprende en aquella hora de quietud, y trayendo consigo una ampolla de licor venenoso, derrama en mi oído su ponzoñosa destilación, la cual de tal manera es contraria á la sangre del hombre, que semejante en la sutileza al mercurio, se dilata por todas las entradas y conductos del cuerpo, y con súbita fuerza le ocupa, cuajando la mas pura y robusta sangre como la leche con las gotas ácidas. Este efecto produjo inmediatamente en mí, y el cutis hinchado comenzó á despegarse á trechos con una especie de lepra en ásperas y asquerosas costras. Así fue que estando durmiendo perdí á manos de mi hermano mismo mi corona, mi esposa y mi vida á un tiempo. Perdí la vida cuando mi pecado estaba en todo su vigor, sin hallarme dispuesto para aquel trance, sin haber recibido el pan eucarístico, sin haber sonado el clamor de agonía, sin lugar al reconocimiento de tanta culpa, presentado al tribunal eterno con todas mis imperfecciones sobre mi cabeza. ¡Oh maldad horrible, horrible!... Si oyes la voz de la natura-

leza, no sufras, no, que el tálamo Real de Dinamarca sea el lecho de la lujuria y abominado incesto. Pero de cualquier modo que dirijas la acción, no manches con delito el alma, previniendo ofensas á tu madre. Abandona este cuidado al Cielo: deja que aquellas agudas puntas que tiene fijadas en su pecho, la hieran y atormenten. A Dios. Ya la luciérnaga, amortiguando su aparente fuego, nos anuncia la proximidad del día. A Dios, á Dios. Acuérdate de mí.

ESCENA XIII.

HAMLET, Y DESPUES HORACIO Y MARCELO.

HAMLET.

¡Oh vosotros, ejércitos celestiales! ¡oh tierra!... ¿y quien mas? ¿invocaré al infierno tambien?... Eh! no... Detente, corazón mio, detente; y vos, mis nervios, no así os debilitéis en un momento, sostenedme robustos... ¡Acordarme de tí! Sí, alma infeliz, mientras haya memoria en este agitado mundo. ¡Acordarme de tí! Sí, yo me acordaré y yo borraré de mi fantasía todos los recuerdos frívolos, las sentencias de los libros, las ideas é impresiones de lo pasado que la juventud y la observación estamparon en ella. Tu precepto solo, sin mezcla de otra cosa menos digna, vivirá escrito en el volumen de mi entendimiento. Sí, por los cielos te lo juro... ¡Oh muger, la mas delincuente! ¡Oh malvado, malvado! halagüeño y execrable malvado! Conviene (27) que yo apunte en este libro... (Saca un libro de memorias y escribe en él.) si.... que un hombre puede halagar y sonreirse, y ser un malvado: á lo menos estoy seguro de que en Dinamarca hay un hombre así, y

este es mi tío.... Sí, tú eres.... Ah! pero la espresion que debo conservar es esta: «A Dios, á Dios, acuérdate de mí.» Yo he jurado acordarme.

HORACIO, gritando desde adentro.

Señor! señor!

MARCELO, gritando desde adentro.

Hamlet!

HORACIO.

Los Cielos le asistan.

HAMLET.

Oh! háganlo así.

MARCELO.

Hola! eh! señor.

HAMLET.

Hola! amigos, eh! venid, venid acá, (Salen Horacio y Marcelo.)

MARCELO.

¿Qué ha sucedido?

HORACIO.

¿Que noticias nos dais?

HAMLET.

Oh! maravillosas.

HORACIO.

Mi amado señor, decidlas.

HAMLET.

No, que lo revelareis.

HORACIO.

No, yo os prometo que no haré tal.

MARCELO.

Ni yo tampoco.

HAMLET.

¿Creeis vosotros que pudiese haber cabido en el corazón humano.... Pero ¿guardareis secreto?

LOS DOS.

Sí señor, yo os lo juro.

HAMLET.

No existe en toda Dinamarca (28) un infame... que no sea un gran malvado.

HORACIO.

Pero no era necesario, señor, que

un muerto saliera del sepulcro á persuadirnos esa verdad.

HAMLET.

Sí, cierto, tenéis razon; y por eso mismo sin tratar mas del asunto, será bien despedirnos y separarnos: vosotros adonde vuestros negocios ó vuestra inclinacion os lleven... que todos tienen sus inclinaciones y negocios, sean los que sean; y yo, ya lo sabeis, á mi triste ejercicio, á rezar.

HORACIO.

Todas esas palabras, señor, carecen de sentido y órden.

HAMLET.

Mucho me pesa de haberos ofendido con ellas: si por cierto, me pesa en el alma.

HORACIO.

Oh! señor, no hay ofensa ninguna.

HAMLET.

Sí, por san Patricio (29) que sí la hay, y muy grande, Horacio..... En cuanto á la aparicion... es un difunto venerable..... sí, yo os lo aseguro..... Pero reprimid cuanto os fuese posible el deseo de saber lo que ha pasado entre él y yo. ¡Ah, mis buenos amigos! yo os pido, pues sois mis amigos y mis compañeros en el estudio y en las armas, que me concedais una corta merced.

HORACIO.

Con mucho gusto, señor: decid cual sea.

HAMLET.

Que nunca revelaréis á nadie lo que habeis visto esta noche.

LOS DOS.

A nadie lo diremos.

HAMLET.

Pero es menester que lo jureis.

HORACIO.

Os doy mi palabra de no decirlo.

MARCELO.

Yo os prometo lo mismo.

HAMLET.

Sobre mi espada.

MARCELO.

Ved que ya lo hemos prometido.

HAMLET.

Sí, sí, sobre mi espada (30).

LA SOMBRA.

Juradlo.

(Se oirá la voz de la sombra, que suena á varias distancias debajo de tierra. Hamlet y los demas, horrorizados, mudan de situacion, segun lo indica el diálogo.)

HAMLET.

Ah! ¿eso (31) dices?... ¿Estás ahí, hombre de bien?... Vamos, ya le ois hablar en lo profundo. ¿Quereis jurar?

HORACIO.

Proponed la fórmula.

HAMLET.

Que nunca diréis lo que habeis visto. Juradlo por mi espada.

LA SOMBRA.

Juradlo.

HAMLET.

¿Hic et ubique? Mudaremos de lugar. Señores, acercaos aquí; poned otra vez las manos en mi espada, y jurad por ella que nunca diréis nada de esto que habeis oido y visto.

LA SOMBRA.

Juradlo por su espada.

HAMLET.

Bien has dicho, topo viejo, bien has dicho... Pero ¿como puedes talar con tal prontitud los senos de la tierra, diestro minador? Mudemos otra vez de puesto, amigos.

HORACIO.

Oh! Dios de la luz y de las tinieblas, ¡que extraño prodigio es este!

HAMLET.

Por eso como á un (32) extraño de

beis hospedarle y tenerle oculto. Ello es, Horacio, que en el cielo y en la tierra hay mas de lo que puede soñar tu filosofia. Pero venid acá, y como antes dije, prometedme (así el Cielo os haga felices) que por mas (33) singular y extraordinaria que sea de hoy mas mi conducta (puesto que acaso juzgaré á propósito afectar un proceder del todo extravagante), nunca vosotros al verme así daréis nada á entender, cruzando los brazos de esta manera, ó haciendo con la cabeza este movimiento, ó con frases equívocas como: sí, sí, nosotros sabemos; nosotros pudiéramos si quisiéramos... si gustáramos de hablar; hay tanto que decir en eso; pudiera ser que.... ó en fin, cualquiera otra espresion ambigua, semejante á estas, por don-

de se infiera que vosotros sabeis algo de mí. Juradlo: así en vuestras necesidades os asista el favor de Dios. Juradlo.

LA SOMBRA.

Jurad.

HAMLET.

Descansa, descansa, agitado espíritu. Señores, yo me recomiendo á vosotros con la mayor instancia, y creed que por mas infeliz que Hamlet se halle, Dios querrá que no le falten medios para manifestaros la estimacion y amistad que os profesa. Vámonos. Poned el dedo en la boca, yo os lo ruego... La naturaleza está en desórden... ¡Iniquidad execrable! Oh! nunca yo hubiera nacido para castigarla! Venid, vámonos juntos.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I (1).

Sala en casa de Polonio.

POLONIO, REINALDO.

POLONIO.

Reinaldo, entrégale este dinero y estas cartas.

(Le da un bolsillo y unas cartas.)

REINALDO.

Así lo haré, señor.

POLONIO.

Seria un admirable golpe (2) de prudencia, que antes de verle te informaras de su conducta.

REINALDO.

En eso mismo estaba yo.

POLONIO.

Sí, es muy buena idea, muy buena. Mira, lo primero has de averiguar qué dinamarqueses hay en París, y cómo, en que términos, con quien, y en donde están, á quien tratan, que gastos tienen; y sabiendo por estos rodeos y preguntas indirectas que conocen á mi hijo, entonces vé en derecho á tu objeto, encaminando á él en particular tus indagaciones. Haz como si le conocieras de lejos, diciendo: sí, conozco á su padre, y á algunos amigos suyos, y aun á él un poco... ¿Lo has entendido?

REINALDO.

Sí señor, muy bien.